



Esta publicación recoge los resultados cualitativos obtenidos en los distintos proyectos desarrollados en el marco del convenio de colaboración firmado entre la Secretaría General para la Paz y la Convivencia del Gobierno Vasco y el Consejo de la Juventud de Euskadi (EGK) el 6 de junio de 2014. Un convenio, que se enmarca dentro de la ejecución del Plan para la Paz y la Convivencia 2013/16 del Gobierno Vasco, tiene como objetivo general que las personas jóvenes de Euskadi entre 18 y 30 años se sientan copartícipes en el esfuerzo de consolidar la paz.

¿Qué es EGK?

Desde sus inicios en 1986, EGK ha propiciado cauces para la participación de la juventud en el desarrollo político, social, económico y cultural del territorio. También ha sido y es una pieza fundamental en la construcción de una cultura de paz y en la defensa de los Derechos Humanos.

A lo largo de estos 30 años, EGK ha sabido ir adecuando su trabajo y su discurso a la realidad del contexto y a las necesidades, preocupaciones e intereses de las personas jóvenes, defendiendo sus derechos en las distintas dimensiones que afectan a la construcción y el desarrollo de cualquier proyecto de vida: vivienda, empleo, educación, tiempo libre, igualdad, participación y también, por supuesto, en lo que respecta a la gestión de la diferencia y a la articulación de la convivencia. Éste último, un ámbito complejo y delicado, pero al mismo tiempo transversal e imprescindible.

¿Por qué trabajar la paz y la convivencia con la juventud?

La juventud es algo más que una etapa transitoria de la vida. Las personas jóvenes comparten maneras similares de percibir la realidad y los retos que ésta les presenta. Comparten la ilusión por el cambio, y tienen la fuerza y el arrojo para no rendirse y seguir intentándolo. Esto no los convierte necesariamente en idealistas, sino en cómplices de un mismo propósito: ser personas luchadoras y creativas que buscan reinventar el presente, para no repetir las causas que propiciaron la violencia y el sufrimiento del pasado, para que el futuro sea más inclusivo, equitativo y solidario. La juventud es una oportunidad inigualable para propiciar una sociedad más justa, democrática y libre. Más pacífica y convivida.

Datos de interés general

Entre junio de 2014 y noviembre de 2016, cerca de 250 jóvenes de entre 18 y 30 años de Euskadi han participado en las distintas iniciativas de paz y convivencia desarrolladas por EGK. Chicas y chicos con una media de edad de 25 años y provenientes, sobre todo, de Bizkaia y Gipuzkoa. Mayoritariamente de Bilbao y Donostia, pero también de los distintos municipios de estos

territorios, con una realidad igual de diversa y enriquecedora. Chicas y chicos que tuvieron conocimiento de estas actividades por medio de los canales de comunicación asociados con las nuevas tecnologías (como el correo electrónico, el WhatsApp o las redes sociales), pero también por otras personas jóvenes que, tras haber participado, les han animado a hacerlo.

Interés, compromiso y participación

Aunque la precaria y complicada situación actual hace que los temas vinculados con la paz y la convivencia no sean una prioridad para la juventud, eso no significa que estos no despierten su interés y curiosidad. Y es que, a pesar de que el ritmo de vida actual no lo hace fácil, las personas jóvenes siguen valorando más la participación directa (no mediatizada) y agradecen todas las facilidades que se ponen para ello. Porque el objetivo de acudir a este tipo de iniciativas no es sólo trabajar estas temáticas, sino contar con un espacio seguro, cómodo e íntimo para relacionarse con otras personas jóvenes que comparten este mismo compromiso, para conocer realidades, vivencias y opiniones diferentes. Al fin y al cabo, para aportar, escuchar y conversar desde metodologías participativas y transformadoras. Lo que hace que la experiencia que se llevan consigo sea constructiva y esperanzadora.

No obstante, no todas las personas jóvenes acuden con la misma predisposición a estos espacios. Por lo general, afirman que cuesta dar el primer paso. Desconfían y cuestionan ciertos factores que resultan condicionantes en su participación como quién organiza la actividad, con qué objetivos y qué utilidad y relevancia se va a dar a aquello que aporten. Sienten nervios por no haber participado antes en una iniciativa similar. Vergüenza de exteriorizar y compartir aspectos íntimos que para otras personas puedan resultar insignificantes o motivo de ataque. Miedo ante el daño que aquello que cuentan (experiencias, visiones u opiniones) pueda generar en el resto.

Por eso, valoran más las iniciativas en pequeños grupos, donde la confianza entre diferentes surge de manera más natural. Donde pueden participar desde un plano más humano, emocional, menos ideológico, donde no es necesario que se identifiquen con el partido o la asociación a la que pertenecen. Asimismo, el hecho de que el objetivo no sea buscar acuerdos, sino reflexionar y conversar sobre sus pensamientos, comportamientos, relaciones, emociones, recuerdos y contradicciones, lo hace más intenso, sí, pero también más liberador y productivo. Porque escuchándose han ido encontrando de forma espontánea puntos comunes, situaciones similares, sufrimientos comprendidos, que han propiciado la identificación con la parte de la realidad, del conflicto, que no han conocido, pero que a partir de ese momento ya les es propia. Y, precisamente, desde esa empatía es desde donde empiezan a buscar soluciones compartidas. Se sienten con el poder y la legitimidad para ser protagonistas de la construcción de una cultura de paz como un agente más de la sociedad, capaces de hacer reflexiones y propuestas válidas y transformadoras.

Reflexiones generales

- El conflicto:

El llamado conflicto vasco no se limita únicamente al terrorismo de ETA y a la violencia de motivación política, ni tan siquiera a su impacto social y político en Euskadi. Creemos que la profundidad de nuestro conflicto merece una reflexión multidimensional y debe abordarse desde todos aquellos planos en los que se desarrolla la vida: emocional, lingüístico, educativo, mediático, económico, territorial, etc. Por eso, también, la idea de los dos bandos nos parece simplificar demasiado la realidad de un conflicto desarrollado en un territorio pequeño e interrelacionado, con una amplia mayoría social que se sentía forzada a posicionarse o estaba paralizada ante lo que estaba ocurriendo. Cabe mencionar que todavía no ponemos grandes expectativas en la resolución del conflicto y en la superación de sus consecuencias.

- El uso de la violencia:

Somos conscientes de que los factores que condicionaban el contexto pasado, más violento y violentado, no son los mismos que en el presente. Pero, aun así, nos cuesta entender que hace tan sólo tres décadas fuera una minoría la que reivindicaba la lucha no violenta como la vía legítima y ética para promover cambios sociales y políticos. Por esta razón, hemos acabado percibiendo la violencia como una forma demasiado habitual de ejercer el poder. La violencia como muestra de la incapacidad para comunicar de otra manera la disconformidad, la impotencia, la rabia o la frustración. Creemos que peor que el propio conflicto en sí mismo ha sido comprobar cómo éste, quizás, como mecanismo de defensa, dejó de doler, de afectar, para terminar cuasi asumiendo la realidad violenta con total normalidad. Algo que, a día de hoy, también nos ocurre a las personas jóvenes con ciertas formas no constructivas de convivencia, que aún lastramos de tiempos pasados.

- La identidad:

Tenemos la certeza de que nacer y crecer donde nos ha tocado nos ha condicionado a la hora de construir nuestra identidad, nuestra manera de pensar y de sentirnos, de comunicarnos y relacionarnos. Los acontecimientos que como jóvenes nos han marcado más no son los ocurridos en una esfera pública y mediática (que también), sino los que han sido parte de nuestra cotidianidad, los ocurridos en los entornos más próximos como la familia, el barrio, el colegio, la cuadrilla o el pueblo. Asimismo, compartimos la visión de haber crecido en un contexto marcado por el trasfondo político en todas las dimensiones de la vida, donde aprendimos a callar y a disimular, a aparentar lo que no éramos, a vigilar dónde íbamos y con quién nos relacionábamos, a no compartir más que con afines lo que pensábamos y sentíamos. Nos autocensurábamos por miedo y creábamos etiquetas propias y ajenas que nos ayudasen a identificarnos con 'Los Nuestros' y a diferenciarnos y protegernos así de 'Los Otros'. En consecuencia, en demasiadas ocasiones, nos hemos sentido entre dos tierras enfrentadas: el 'Yo Público' y el 'Yo Privado'.

Por otro lado creemos que es necesario visibilizar las diferencias, valorar la pluralidad. Tenemos que luchar por protegerla y dejar de usarla como arma de confrontación. Tenemos que aprender a gestionarla: ir más allá de nuestra subjetividad, de nuestras posiciones partidistas y caminar hacia territorios compartidos.

- Memoria y víctimas:

La mayoría no hemos sufrido en primera persona la violencia directa, ni la parte más dramática y dolorosa del conflicto. Aunque en mayor o menor medida, sus consecuencias las hemos sentido a través de las proyecciones directas e indirectas de las vivencias de las personas de generaciones anteriores con las que nos relacionamos. A veces, esa transmisión de lo vivido se ha hecho a través del diálogo (traumático o no, objetivo o subjetivo, depende del caso), pero, en general, mediante el silencio y la ausencia, sin recibir grandes explicaciones: por miedo, por incapacidad, por protección, por complicidad. Por eso, necesitamos respuestas, conocer en profundidad qué ha sucedido: cuáles son esas realidades, esas partes del conflicto que no hemos conocido. Y, sobre todo, necesitamos entender los porqués que

se esconden detrás de ellas. Huecos que no queremos llenar sólo con un discurso racional. Queremos entender las emociones que todo lo ocurrido ha generado.

Esto no significa que las generaciones anteriores sean las únicas que pueden contribuir a la memoria social y al relato. Aunque nuestra 'Memoria Individual' por tiempo vivido sea más corta que la de anteriores generaciones, no tiene por qué ser menos cuantiosa e intensa. Consideramos la memoria como un factor condicionante en la construcción de nuestra identidad (individual y colectiva) y que, además, contribuye a que lo ocurrido no se repita.

Siguiendo en esta línea creemos que hay que trabajar para que la 'memoria' sea inclusiva, para que los valores democráticos y los Derechos Humanos sean el eje vertebrador de toda política de memoria. También debe cuidarse especialmente al colectivo de víctimas, sin que éstas, individualmente, sientan que su sufrimiento está siendo comparado con el de otra víctima. Porque el sufrimiento es subjetivo, pertenece a cada persona y no debería categorizarse: un sufrimiento no es mayor o menor que otro. Deben reconocerse todos los sufrimientos. Una vulneración de Derechos Humanos lo es independientemente del contexto y de quién la padezca. Pero sí debe existir una diferenciación clara: hay vulneraciones de Derechos Humanos que afectan al conjunto de una sociedad y vulneraciones de derechos individuales. Por esta razón, aunque no queramos catalogar el sufrimiento, no todas las víctimas son iguales. No obstante, creemos que hay que reconocerlas a todas, exigir responsabilidades y garantizarles que lo que han vivido no va a volver a pasar.

Por otro lado, creemos que la configuración del relato es un tema conflictivo porque, en demasiadas ocasiones, ciertos partidos han utilizado a las víctimas y al colectivo de presos para mejorar su aceptación social y sus posiciones políticas, o para condicionar negativamente las de su adversario. Valiéndose para ello de la manipulación emocional de la ciudadanía y el electorado. Sin asumir que el relato de lo ocurrido va más allá de lo que le pasa a cada persona o colectivo. Es el conjunto de todo lo que nos ha sucedido. Lo nuestro y lo de otros: lo de todos.

- **Actores implicados y clase política:**

El estancamiento de posturas y discursos, el electoralismo y la politización de víctimas y victimarios, nos genera emociones como cansancio, frustración, aburrimiento e impotencia. Nos sorprende la incapacidad de ciertos sectores ideológicos y agentes implicados en el conflicto para hacer autocrítica y asumir su responsabilidad hacia el pasado. Esto nos preocupa porque el ejercicio de la autocrítica y el reconocimiento de responsabilidades en un ámbito público, condiciona quién lee, interpreta, reescribe y difunde la Historia y cómo, en consecuencia, esto interfiere en la construcción de nuestra memoria como sociedad. Para poder avanzar es imprescindible hablar sin tabúes, esclarecer y reconocer todo lo sucedido, asumir responsabilidades y reparar el sufrimiento intencionadamente causado. ¿Dónde están, qué sienten y piensan aquellas personas que no se han atrevido todavía a hacerlo?

Por otro lado, tenemos que exigirnos mutuamente (aunque sobre todo a la clase política) una verdadera democracia. Una democracia sana da la posibilidad de desarrollar cualquier proyecto político, sin que se niegue, se persiga y se castigue a las personas que lo defienden.

- **Convivencia social y defensa de DD.HH.:**

La situación social y los avances en el clima de convivencia nos provocan ilusión y esperanza. El ambiente se está relajando y nos sentimos más libres, con más tranquilidad. Nos dejamos ser sin mirar tanto el ambiente, la compañía, las circunstancias en las que a cada momento nos encontramos. Ya no tenemos miedo de expresar nuestras opiniones ante lo que pasa, ante lo que nos pasa, ante cómo nos hace sentir o qué pensamos. Aunque aún existen focos de tensión y actuaciones vinculadas a la violencia de motivación política (ancladas en argumentos del pasado) que nos mantienen alerta y en el escepticismo.

Por otro lado, creemos que tenemos que reactivar una conciencia pacifista y contagiarla a todas nuestras reivindicaciones. Debemos seguir trabajando en este ámbito, pero no sólo con el foco puesto

en las consecuencias del terrorismo y la violencia de motivación política, sino en otros problemas asociados a la gestión de la diferencia (inmigración, desigualdad económica, diversidad religiosa, etc.). Por eso, pedimos que las instituciones, empresas, asociaciones, partidos y la propia sociedad se cuestionen la validez y legitimidad que le dan a los Derechos Humanos y si los defienden de manera igualitaria, proporcionada, consecuente y responsable. Sobre todo, aquellos organismos destinados a asegurar su cumplimiento, ya que, en ocasiones, abusan de su autoridad al utilizar la violencia desmedida como herramienta de disuasión y castigo ante quienes intentan vulnerarlos.

- Política penitenciaria:

Otro de los temas conflictivos que arrastramos del pasado y que aún nos queda por solucionar es el de la política penitenciaria. Consideramos que debe trasladarse a las personas presas a cárceles más cercanas a su entorno y que ciertas condenas necesitan ser revisadas. Vemos la necesidad de avanzar hacia otro modelo de justicia: hay que abandonar la justicia punitiva y vengativa, y reclamar una más restaurativa e integradora. Siempre y cuando haya un reconocimiento del sufrimiento intencionadamente causado, porque aún nos sorprende y nos cuesta comprender la incapacidad de la mayoría del victimario para reconocer que no se debió matar, secuestrar, extorsionar y amenazar.

- Medios de comunicación:

En el pasado, las líneas editoriales de los distintos medios de comunicación estaban definidas y polarizadas (al igual que la clase política y la sociedad). Por lo que sabíamos que la información que íbamos a consumir sería tendenciosa y parcial de antemano. Algo que, por nuestra parte, rara vez hemos recurrido a contrastar con otro medio que no fuera afín a nuestra visión de la realidad, lo que contribuía, por lo general, a reforzar nuestras posturas ideológicas y, por tanto, vitales.

En la actualidad, creemos que los medios deben cuestionarse su responsabilidad pasada y presente como constructores de discursos y realidades. Entendemos la presión, el miedo y el sufrimiento con el que todas las personas que se han dedicado al periodismo han vivido durante tantos años. Pero eso no justifica que sea una excepción el grupo de periodistas que se atreven a hacer autocrítica sobre el cumplimiento y el respeto de sus códigos deontológicos. Aún vemos escasos avances en algunos medios, pues siguen empeñados en generar crispación, en fomentar una división social. No entendemos que beneficio logran al transmitir noticias que reflejan sólo las diferencias, los puntos de tensión entre las partes enfrentadas, las situaciones y sucesos más delicados relacionados con la convivencia. Cuando la propia sociedad está trabajando por acercar posturas y entenderse. Ante esto, tenemos que pedir rigor y honestidad periodística y que se divulguen discursos restaurativos y ejemplarizantes. Concretamente, les pedimos que no criminalicen la militancia política de la juventud y que visibilicen más lo que pensamos sobre estas temáticas, que difundan el trabajo que estamos haciendo por la paz y la convivencia.

- La educación:

La educación y la cultura son las herramientas imprescindibles para observar, analizar y entender el mundo en el que (con)vivimos. Los conflictos existen y existirán siempre, pero tenemos que interiorizar que nunca podemos usar la violencia para resolverlos. Es cierto: ésta también existe y existirá siempre, pero tenemos que aprender a neutralizarla y a no legitimarla ni transmitirla. Si sabemos localizar cuáles son los factores que desencadenan la violencia y hacer consciente cómo nos sentimos al sufrirla y ejercerla, tendremos más posibilidades para controlarla y prevenirla. En este aspecto, también es imprescindible que hagamos una lectura con perspectiva de género y nos cuestionemos cuáles han sido nuestros roles y nuestras responsabilidades como mujeres y como hombres tanto durante el pasado, como ahora, ante un presente donde tenemos que construir conjuntamente un futuro no sólo más pacífico y convivido, sino paritario.

Asimismo, tenemos que fomentar una manera más empática y asertiva de comunicarnos, visibilizando la fertilidad de hablar, de generar desde la conversación otros imaginarios más pacíficos y convividos. El conflicto y el acuerdo son las dos caras de una misma moneda que nos sirve para crecer y avanzar.

- El protagonismo de la juventud en el proceso de pacificación:

Las personas jóvenes tenemos que ser conscientes de que somos la generación que debe involucrarse en la resolución inclusiva del conflicto. Por eso, no negamos que nos preocupa la falta de interés hacia estos temas que muestra una parte de la juventud. Una actitud que debemos combatir activamente, tratando de incorporar a las personas jóvenes que aún se muestran reticentes, para mantenernos así en el camino de la solución, de la construcción de un futuro compartido. Si algo tenemos claro es que no queremos que el pasado se repita. Ante esto, no podemos esperar a que las personas que llevan años intentando resolver el conflicto lo sigan haciendo sin contar con la juventud. Nos sentimos protagonistas, formamos parte del momento histórico que estamos viviendo y, por tanto, nos sentimos con legitimidad para participar en este proceso. No podemos quedarnos en los discursos que analizan las razones del conflicto, tenemos que pensar y trabajar para construir convivencia; sin esperar a nadie para hacerlo, sin esperar a nadie para que nos diga cómo.

Podemos, queremos, debemos, tenemos que/qué aportar. Nuestra voz también debe formar parte de este compromiso, de esta responsabilidad. Por eso, pedimos que se nos reconozca como un agente de influencia más, que se precise nuestra participación en ámbitos de decisión.